

Apuntes de la cueca

*"Bien haiga quien dijo amor,
y quien me enseñó a querer,
que no me enseñó a olvidar,
que es lo que quiero aprender".*
Copla de cueca cuyana

I

La parva de la tarde se quema tras los cerros;
la vendimia descansa su abejear sonoro;
algunos grillos laten en las melgas cansadas.

Bajo las viejas parras del patio solariego,
se despiertan de a poco las guitarras ardientes,
entre el murmullo fresco de las lindas muchachas.

El punteo moroso se convierte en rasguído,
y aletean las manos sobre el vientre armonioso
como si se quemaran los dedos de caricias.

Una pareja joven se acomoda en el centro,
y todas las miradas la aplauden de antemano.
Ella, a la expectativa,
picaresca y mimosa, juega con el pañuelo,
como la primavera con una rama en flor.

Con la copla, un revuelo de palomas se inicia;
él persigue, premioso, las formas de la gracia,
y ella deja una estela de donaire en la fuga.

Es el eterno juego del amor proceloso;
la moza, ya paloma silente, ya calandria encendida,
se acorrala en su anhelo de acercarse, dichosa,
y se deja tocar con el pañuelo
donde el brazo prolonga una caricia.

Ella le coquetea sin pausa y triunfadora,
y él, afanoso, luce finos escobilleos
para que todos sepan que es fuerte y delicado.

Y como si la música lo pialara, sumiso,
él se rinde a la esquivia con la rodilla en tierra,
al terminar las coplas de la primera parte.

II

Otra vez los pañuelos se buscan en el aire
como dos alas sueltas que anhelan cielos libres.
Ella apenas se ataja de zarpazos de caricias,
y lo convida huyendo, dichosa de su audacia...
Es el amor triunfante que gana otra partida.

La llamarada viva de la falda se agita,
en el vuelo preciso de sus muslos de bronce;
si ella quiere apagarla, él de nuevo la enciende
con la tea llameante de su pañuelo.

Él se enreda en un largo, florido escobilleo,
como si le naciera la música en las plantas
donde palpita el ritmo.

Ella, casi vencida, no le dispara tanto,
o se equivoca adrede para encontrarlo a tiempo,
en una encrucijada de abrazos que se frustran.

Al terminar, la enlaza caricioso y cumplido;
ella, mansa sonríe; y él, engallado, luce
no sé qué dicha nueva que lo enhebra en el viento.

Un palmoteo unánime celebra el espectáculo,
y la alegría rompe los diques de los pechos
en un grito profundo de la tierra que canta.

III

Mientras el vino riega, generoso, la fiesta,
la guitarra se apaga con las últimas copas,
dormitando en los brazos turbios del guitarrero.

Nace una estrella lejos, flor de quisco en la cumbre.
Una pareja parte, trenzada de ternura.
La luna espolvorea de silencio los álamos...